

mo un contrapunto sutilísimo en la marcha lenta y sorda de los tambores y volando hasta Dios sabe qué remoto pentágono del único y universal himno a El.

Va rompiendo el aire tan limpiamente, que deja tras de sí una estela luminosa. Y luego se quiebra en un quejido, en un sollozo o en un deliquio familiar, íntimo, con que el hombre se acerca a su Dios. Y acercándose parece que lo ha descendido desde su cielo hasta esta nuestra vecindad mínima de hombres, que vemos pasar al insólito transeunte por nuestras calles más que nunca empuñadas. Las divinas escaleras de Machado, las que el pueblo andaluz pide cada primavera, están ofreciéndose a estos solitarios cantadores para subir hasta la Cruz donde agoniza el Dios del amor, y regalarle con los amores de toda la Humanidad eternamente olvidadiza y desagrada.

Hay otra saeta española, vindicativa y heroica, en la pedrada del niño al sayón. Gabriel y Galán ha narrado en las quintillas sencillas y robustas de su claro hablar, la sublime saeta del muchacho vengador. Esta saeta no fué cantada por ninguna garganta, porque es la saeta muda y bronca de un ser elemental. Es de tal fuerza vigorosa el dolor de la injusticia en un pecho ingenuo, que prorrumpe violentamente, con pasión arrebatada de conmiseración y de condolencia ante el Dios brutalmente azotado, y el niño, afianzándose en su propia seguridad, derriba de una pedrada la cabeza de cartón de «aquel negro monstruo fiero» que empuñaba el látigo sobre Jesús.

Pero esta saeta, si también diamantina, si también generosa, no es sino el desbordamiento de una acción contenida. Y la saeta es siempre, por el contrario, una pena fatal, mansa, escapada de pronto hacia lo alto con un dejo galano de homenaje. En cualquier esquina, de un balcón cualquiera, surge la vibración valiente y punzante de la saeta que está hecha de plata y de azahar y tiene alas veloces de golondrina.

Otros días se envuelve la liturgia en los sonos dorados del órgano, en las más grandiosas composiciones de la música religiosa. Pero ahora, cuando el dolor divino se desborda de los altares, inundando de piedra las calles, cuando hasta las campanas han cesado de mover sus graves lenguas y aguardan mudas en las torres el milagro del *Resurrexit*, el pecho del cantador popular es el clave de donde sale hasta el Señor el son caliente y único de la saeta, lanzada desde el arco conmovido del pecho hasta el azul del cielo perfumado de primavera y de pasión.

PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono
n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

TRES FACETAS LIRICAS

A FERNANDO TUDELA EL RAYO DE LUNA

porque perdió un brazo en la guerra.

Qué pena de tu brazo.

Sim embargo, está.
Las amapolas grises de las nubes
lo tienen vestido de niebla.

Está y vive.

Pudiera ser una paloma
o solamente un ala de ella.
Verdaderamente no es nada,
sino lo mejor:
el haber sido.

Ya no tengo pena.

Si fuera buen dibujante
lo pintaría tan efímero
que no se vería
sino por el ansia de verlo.

M. GUTIERREZ DE LA FUENTE

Besaba la luna mi frente
al bordar el azul su mirada.

Eran blancos sus ojos hundidos,
era blanca su cara...

¡Qué dulce el mirar de la luna
toda de ámbar!

Se entró en mi aposento
perfumando la estancia...

Nos besamos toda la noche;
se fué con el alba.

¡Qué dulce es jugar con la luna
si borda el azul su mirada!

Ventura LEONARDO

FLOR Y ABEJA

¿Quién había de decirme
que la flor de mis labios primorosa,
de aroma delicado,
de matiz tan fino, sonrosado,
tornarse había en llorosa
tan alegre y feliz cual sonreía?

Mas si, picara abeja
de unos labios formada
paróse en su corola cierto día,
y de la miel dorada que traía
dejóle una dedada.

Ella, en cambio, le dió néctar sabroso,
y a diario visitas
la abeja le hizo con sus dulces mieles.

Un día no volvió, mi flor hermosa
buscála con delirio, ¡oh qué hieles!
y posada la halló sobre otra rosa.

Estábala libando.
Desde entonces, mi flor marchita llora.
al ver cómo la aurora
de su ilusión pasó fugaz, volando.

Edmundo COSTILLO Y MARIN